

Fernando Larraz Elorriaga

GENEALOGÍA DE LA EDICIÓN LITERARIA EN ESPAÑA

Resumen: La historia de la edición literaria española experimentó un auge sobresaliente en el primer tercio de siglo que la llevó hacia su modernización definitiva y que este trabajo aspira a retratar sucintamente. Los editores, conscientes de su nueva función social, se agruparon y formalizaron una serie de reivindicaciones para cumplir correctamente su doble función económica y cultural. Además, desarrollaron estrategias para adaptarse a las condiciones sociales y económicas que afectaban tanto al contexto nacional como a los mercados exteriores. En la segunda parte del artículo se ofrece una clasificación de los principales sellos editoriales españoles que publicaban obras literarias, dividiéndolos en cuatro grandes grupos en función de su política editorial, con lo que se esboza una historia de edición literaria entre 1925 y 1936, a través de los más renombrados editores y sellos editoriales.

Palabras clave: editorial, editor, producción cultural, mercados culturales, literatura española

Title: Genealogy of literary publishing in Spain

Abstract: The history of literary publishing in Spain experienced an outstanding development in the first thirty years of the 20th century, which would take it to its definitive modernization. This essay intends to analyse this process and its main keys. Being aware of their new social role, Spanish publishers came together and set a number of claims in order to fulfil both their economic and their cultural functions. Moreover, they developed certain strategies so as to adapt to the social and economic conditions that used to characterize the national context and overseas markets. In the second part of the article, a classification of the most relevant companies which used to publish literary works is offered. They are divided into four large groups, according to their publishing policies, which summarize a short history of literary publishing between 1925 and 1936, through the most remarkable publishers and publishing companies.

Key words: publishing, publisher, cultural production, cultural markets, Spanish literature

A lo largo del siglo XIX y los primeros años del XX tuvo lugar la modernización definitiva de la industria editorial en España, gracias a un conjunto de factores de entre los cuales, posiblemente, sea el más destacado la progresiva especialización de la figura del editor, cuya función hasta entonces se había identificado con la del impresor, la del autor o la del librero (véanse Martínez Martín 2001: 173 y Martínez Rus 2003: 199). Fue hacia mitad del siglo XIX cuando surgieron los primeros editores profesionales, como Manuel Rivadeneyra, a cuyo empeño se debe la impagable tarea emprendida, en 1846, con la Biblioteca de Autores Españoles, que continuó, varias décadas después, Marcellino Menéndez Pelayo con la Nueva Biblioteca de Autores Españoles, editada por la casa Bailly-Bailliére. No obstante, el proceso de división de las funciones relacionadas con la producción y comercio del libro no se llegó nunca a completar y aún en la década de 1930 se dieron casos de impresor que editaba numerosos e importantes libros, como en el caso de Pueyo, o de librerías que no sólo vendían, sino que además editaban, como Beltrán o San Martín. Por otra parte, algunos de los nuevos gigantes quisieron controlar todo el proceso (edición, impresión, distribución y venta), como ocurrió en el caso de Espasa-Calpe, que poseía sus propios talleres gráficos, así como la más importante librería de Madrid, la Casa del Libro. Algo análogo ocurrió con la CIAP, propietaria de un importante número de librerías en España y América.

Resulta resbaladizo referirse al editor sin mencionar antes de nada una característica que hace de él un industrial singular y que consiste en su doble misión, intelectual y económica, cuya contradicción puede llegar a ser casi esquizofrénica. De ahí procede la altisonancia con que los editores tienden a manifestarse públicamente:

No es necesario hacer una exposición detallada para llevar al convencimiento de todos la extraordinaria importancia que para cualquier país reviste el comercio de exportación del libro. Esta importancia no estriba sólo en la cifra material de negocios que representa, y que para los países de idiomas difundidos como el nuestro puede alcanzar proporciones considerables; sino que tiene un aspecto moral de mayor trascendencia, pues siendo el libro el exponente de todas las manifestaciones del pensamiento, da la medida del grado de cultura de un pueblo, a través de su literatura, de su adelanto en las ciencias, y de su potencia creadora (Roldán y Ocariz 1923: 5).

En definitiva, el editor debe llegar en su conciencia a una alianza satisfactoria entre los compromisos con los beneficios tangibles e intangibles de su actividad.

Editor, en un sentido amplio, es el nombre genérico con el que se conoce a la persona que promueve un negocio editorial, si bien se mezclan en él responsabilidades diversas: dirección literaria (selección de textos), gerencia (inversión, propaganda y distribución), inversión (socios capitalistas), fabricación (selección de tipos, elección de portadas...), que pueden ser encarnadas por diversas personas en el caso de grandes editoriales de la época, como la CIAP o Espasa-Calpe o por una sola, como en el caso de Rafael Giménez Siles o Manuel Aguilar, quienes aparentemente supervisaban y dirigían todos estos aspectos. El perfeccionamiento de la industria editorial en España se exteriorizó, entre otros cambios, en la división del trabajo editorial entre varios expertos, lo que permitió por un lado optimizar resultados y, por el otro, rebajar costes. Pero para muchos au-

tores (Juan Ramón Jiménez fue un caso paradigmático en este sentido) este proceso de ruptura con los medios tradicionales de fabricación y venta del libro supuso una especie de prostitución del mismo.

La segregación del trabajo según los imperativos de rentabilidad del capital dio lugar, en definitiva, a la fundación de la mayoría de las casas editoriales que, en un plazo medio de tiempo, se convirtieron en los pilares de la industria española. Así se fundaron Reus (1852), Espasa (1865), Calleja (1876), Sopena (1896), Salvat (1897), Gustavo Gili (1902)... empresas familiares en su mayoría, de lento pero sostenido crecimiento, que se caracterizan en estas primeras fases de la industria editorial española por su escaso capital financiero y por la significación de sus fundadores, quienes, como Gustavo Gili, Saturnino Calleja, José Espasa o Gregorio Pueyo, constituyeron la primera gran generación de editores españoles.

Como consecuencias de estos avances, el sector del libro realizó los primeros intentos de organizarse corporativamente a fin de defender los intereses comunes y definir cuáles habían de ser las bases sobre las que se desarrollara su industria. Este hecho evidencia, además, la necesidad que los editores sienten de precisar la utilidad social de su oficio, así como las condiciones bajo las que este puede ser realizado de manera óptima. Los esfuerzos se concretaron cuando en marzo de 1901, varios librereros y editores instituyeron la Asociación de Librería de España, a fin de discutir los problemas del sector y publicar la *Bibliografía Española*, cuyo primer número apareció en 1901. Se trataba de la primera asociación gremial del sector de la edición española y tuvo una relativa actividad que estuvo centrada, sobre todo, en la defensa de la propiedad intelectual y el respeto mutuo de los derechos sobre las obras de sus respectivos catálogos, así como en la organización de las relaciones comerciales entre librereros, editores e impresores. A partir de entonces, se fueron consolidando las instituciones y los foros de debate. En 1908 y 1909 se celebraron los Congresos Nacionales de Editores de Madrid y de Valencia y en 1909, la I Asamblea Nacional de Editores y Librereros, en las que fueron temas fundamentales las relaciones con los editores y librereros de América y la defensa de la propiedad intelectual¹.

En 1918 la Asociación de Librería Española se reorganizó con el nombre de Federación Española de Productores, Comerciantes y Amigos del Libro, que agrupaba secciones de cada uno de los gremios relacionados con el libro, “autores, editores, impresores, litógrafos, fotograbadores, encuadernadores, librereros, bibliófilos y, en general, todos cuantos concurren normalmente a la producción y difusión del libro y demás artes gráficas”², lo cual indica el grado de complejidad que la industria estaba comenzando a alcanzar. Fue también la primera muestra explícita de la necesidad de sindicarse a fin de proteger la posición de mercado adquirida gracias a la guerra que acababa de concluir. De hecho, en los estatutos, se nombraba, como principal empeño de la Federación, promover y fomentar la industria del libro español y difundir su comercio en España y en todas las naciones, particularmente en las de habla española. Efectivamente, una de las preocupaciones que ya por aquellos años manifestaban reiteradamente los editores era

¹ Ver la *Crónica de la I Asamblea Nacional de Editores y Librereros. Barcelona, 7, 8 y 9 de junio de 1909.*

² *Estatutos y Reglamentos de la Federación Española de Productores, Comerciantes y Amigos del Libro*, p. 3.

el hecho de que sus colegas franceses, alemanes y, en menor medida, británicos e italianos, acapararan la edición y venta de libros en español en los países de Hispanoamérica. La incapacidad de la industria española para satisfacer las demandas de los lectores de Ultramar, carentes por lo general de una industria editorial propia, lanzó a los editores españoles a la expansión siguiendo estrategias comerciales para las que todavía no estaban preparados, pese a lo cual, casas pioneras en la distribución de libros en América, como Biblioteca Renacimiento, Sempere o Calleja comenzaron a enviar pedidos cada vez mayores.

A partir de la Guerra Mundial se produjo una importante capitalización de las empresas editoriales, coincidiendo con la explosión económica que vivía España gracias a su neutralidad durante la conflagración. Esto provocó un sobresaliente incremento en el volumen de negocio de la industria española del libro y una apertura del mercado: en 1930 había un 167% más de casas editoriales que a principios de siglo (Martínez Martín 2001: 177). En la economía española fluían los capitales, en ocasiones invertidos con gran riesgo, y se creaban las primeras grandes sociedades anónimas atraídas por el desabastecimiento en que muchos mercados mundiales habían quedado a causa de la beligerancia de las grandes potencias industriales. Aunque no pueda decirse que la industria editorial estuviera al frente de este desarrollo, lo cierto es que en aquellos años se formaron o consolidaron algunos grupos editoriales que hasta entonces no habían pasado de ser empresas familiares con un volumen de negocios relativamente pequeño. Labor se convierte en sociedad anónima en 1915; Calleja y Calpe, en 1918; Rivanedeyra y Reus, en 1919; Voluntad, en 1922; Juventud y Bailly-Ballière, en 1923; Hernando, en 1924, la CIAP en 1928... Sin embargo, algunas importantes casas, como Gustavo Gili y Manuel Aguilar, mantuvieron su estructura de propiedad familiar.

Entre 1914 y 1919 desapareció de manera casi definitiva la competencia francesa y alemana en América. Pero el encarecimiento de los costes de producción (España debía importar papel y maquinaria de los países en guerra) y la incapacidad de la economía nacional para transformar sus estructuras industriales negaron al libro español las posibilidades comerciales que la guerra mundial ofreció a otros sectores. Como reconoció años después el editor Rafael Calleja, “la guerra europea, que fue un torrente de oro para tantas industrias, no castigó a ninguna tan duramente como a la del libro. Simultáneamente se produjo una restricción formidable en el consumo y una elevación más formidable aún en el coste de la producción” (1922: 75). De hecho, el fin de la guerra hizo decrecer dramáticamente el número de títulos publicados en España. A pesar de todo, es a lo largo de la década de los años veinte cuando España llegó a convertirse en la principal potencia exportadora del libro a América. En los editores está muy presente la conciencia de que América era la gran oportunidad y el gran reto para el libro español. Aunque el sector exterior de la economía española sufrió una fuerte decadencia a lo largo de la década de los veinte, las exportaciones de libros progresaron lentamente y fueron haciéndose de manera gradual con los mercados de los países donde la lectura y la educación estaban más extendidas, sobre todo, Argentina y, secundariamente, México, Chile, Cuba, República Dominicana y Uruguay. En el informe redactado por la Cámara Oficial Española de Comercio en Argentina presentado en el II Congreso Nacional de Comercio Español en Ultramar de 1929, titulado *Relaciones de Carácter Económico entre España y*

la Argentina, se manifestaba que, mientras la presencia de productos españoles en el total de importaciones a este país había decrecido entre 1918 y 1927 en siete puntos y medio, el libro español, al contrario, había incrementado su presencia.

Los años veinte son también la época de las primeras distribuidoras del libro español: CALPE, fundada por Nicolás María de Urgoiti, y la Sociedad General Española de Librería, dirigida por Manuel Aguilar, que consiguieron hacer llegar los libros publicados a lugares que anteriormente carecían de puestos de venta, haciendo crecer significativamente el consumo interno. De gran importancia es la creación de las Cámaras del Libro de Barcelona (1918) y Madrid (1922), que son sancionadas por el rey en 1922, y que culminaron una aspiración gremial largamente buscada por los editores y libreros. Se argüía que la especificidad de la mercancía librera a la que nos hemos referido anteriormente hacía necesaria la existencia de una entidad que canalizase el debate, la protección y las demandas y en la que estuvieran representados editores, impresores, autores y libreros para, juntos, defender eficazmente los intereses comunes. Sin embargo, la Cámara de Barcelona no se fundó hasta 1918, años después de haberse fundado otras Cámaras de Comercio sectoriales. En junio de 1917, Gustavo Gili había presentado en Barcelona el proyecto de Cámara del Libro Español, que habría de sustituir a la Federación de Editores Españoles y Amigos del Libro. El propósito explícito de esta organización patronal fue la defensa de los intereses comunes, presionando y orientando a las autoridades estatales acerca de las políticas culturales y comerciales que pudieran afectar a sus miembros: “Sólo cuando nuestra voz tenga aquella soberana autoridad que en los tiempos modernos únicamente se otorga a las grandes agrupaciones de intereses, a las grandes colectividades, será posible conseguir para el libro español la protección que imperiosamente necesita” (Gili 1917: 11).

El proyecto de una Cámara del Libro Español, que terminó dando lugar a la creación de la Cámara del Libro de Barcelona, afirmaba encontrar la mejor justificación de su existencia en la tutela y propagación de la cultura dentro y fuera de las fronteras nacionales. Esta afirmación llegaría a convertirse en un tópico ineludible en cualquier escrito sobre el libro español, constituyéndose un *ethos* editorial basado en la conciencia de que la extensión cultural entre la población española y en las antiguas colonias hacía trascendental su negocio, y viceversa, y que este beneficio mutuo era una espléndida propaganda para el producto que manufacturan, distribuyen y venden:

Necesitamos abandonar, no me cansaré de repetirlo, nuestro viejo error de considerar los problemas del libro como problemas que sólo atañen a nuestro negocio actual, y abordarlos franca y ardorosamente como lo que realmente son: como problemas vitales que afectan a lo más hondo de España, a su prosperidad en el interior, a su prestigio e influencia en todas las naciones de lengua española (Gili 1917: 11).

Otro de los hitos cardinales en la consolidación del sector fue la celebración, en 1927, de la Conferencia Nacional del Libro en Madrid, que supuso la puesta en funcionamiento de reformas reclamadas por los editores y los autores desde hacía tiempo. Lo acordado en este congreso supondría, a la larga, el comienzo de la modernización legal y organizativa del sector del libro, sobre todo en lo que respecta a las responsabilidades

del Estado en lucha frente a ediciones fraudulentas, política arancelaria y estímulos a la producción cultural.

A pesar de todos estos datos, hasta 1930 la producción del libro se asociaba a una crisis crónica. Hablar de la crisis del libro español se había convertido en un tópico tan constante que había perdido toda connotación de contingencia. Como señaló Consuelo Berges, el problema del libro español resultó ser una “mal llamada crisis del libro escrito en castellano. Y digo mal llamada porque la palabra crisis, de cualquier cosa que se trate, se refiere siempre a un estado anormal y transitorio, no conviniendo, pues, tal sustantivo a una escasez de compradores de libros españoles que ha existido siempre y que se prolonga indefinidamente” (1930: 107). A este malestar del libro se le habían adjudicado diversas causas, pero la más repetida era la escasez de lectores. Sobre esta cuestión se escribió mucho, ya que era considerada, a la vez, causa y consecuencia del subdesarrollo económico, del desprestigio intelectual en el exterior y de la indigencia de las letras. Como ejemplos, Pío Baroja escribió que “en España no se vende apenas libros, sencillamente, porque no se lee. No hay crisis especial. No se ha leído nunca” (1949: 934) y el Secretario de la Cámara del Libro de Barcelona, José Calvo Sotelo, defendía en su informe de 1927 que “en España se lee poco porque hay pocos que sepan leer, y porque los que saben no sienten grandes estímulos intelectuales” (1927: 8). Entre otras cosas, la alarma producida ante la miseria cultural de la gran mayoría de la sociedad española adquirió una significación económica inédita al ponerla en boca de autores y editores. Éstos no dejaban de ser damnificados subsidiarios de la lacra del analfabetismo, de la inexistencia de medios sociales para acceder a la cultura en grandes áreas rurales, pero también urbanas, y de la carencia que sufría la casi totalidad de la población de excedente de renta para el consumo de libros. Por primera vez, se manifestaban las consecuencias mercantiles del subdesarrollo. Se adjudicó también a la escasez de autores la causa de la decadencia del libro español, lo cual no deja de llamar la atención en el contexto de la llamada *Edad de plata* de las letras españolas. En un artículo titulado “El prestigio del libro español”, Pío Baroja escribió que “se ve que nuestra patria ha seguido su tradición literaria en los últimos cien años, sin conseguir la suerte de dar hombres extraordinarios que hayan renovado el prestigio antiguo de nuestras letras” (1949: 127). Y Rafael Calleja declaraba en una famosa conferencia que “hay, sólo en Madrid, cerca de setenta editores matriculados. ¿Me diríais siquiera la mitad de escritores indiscutiblemente de primera fila? Creo que no; mas aunque fuera, y aunque sólo en Madrid hubiese editores, ¿pensáis que con medio escritor puede cada editor tener bastante?” (1922: 69).

En la búsqueda de modos de paliar las deficiencias que ahuyentaban los beneficios, los editores solicitaron la ayuda de los gobiernos, bajo el pretexto del especial interés nacional de su mercancía. Entre las demandas más repetidas estaba la de reforzar la protección de la propiedad intelectual de autores y traductores y llegar a acuerdos internacionales en este sentido, combatiendo legislativa y judicialmente la publicación de ediciones clandestinas. Se instó también a las autoridades a potenciar la libertad comercial para el libro, rebajando e incluso suprimiendo protecciones arancelarias y a recibir primas de exportación para contrapesar los aranceles, demanda que se logró satisfacer en 1928. Hubo, además, una gran presión por mejorar y abaratar las comunicaciones con América. Hay que tener en cuenta que, dado el escaso volumen de cada envío a los libreros america-

nos, la gran mayoría se hacía por vía postal y no a través de aduana, como era el caso de las demás de mercancías. El retraso con que los libros llegaban a América, así como los altos costes del franqueo postal constituían serios inconvenientes para los editores españoles. Al problema del tiempo fueron los editores quienes tuvieron que encontrarle una solución a través de la apertura primero de almacenes y, luego, de sucursales en Argentina, desde donde se distribuía al resto del continente. En cuanto al elevado precio del franqueo, quebrantaba gravemente la competitividad, por lo que la Conferencia Editores españoles y Amigos del Libro presionó para lograr el establecimiento de tarifas ventajosas (Altamira 1921: 86). Tal aspiración se llegó a conseguir en 1920 con la firma del Convenio Postal Hispanoamericano y en 1921, con la adhesión de España a la Unión Postal Panamericana (Martínez Rus 2001: 290). El abaratamiento del papel de imprenta fue otro punto fundamental para los editores, ya que de él dependía en gran medida el precio final del producto que trataban de comercializar. España necesitaba importarlo y los aranceles de la proteccionista economía española inflaban notablemente su precio (Martínez Rus 2002: 1025). Curiosamente, el régimen de Miguel Primo de Rivera, en una muestra más de su desconocimiento de los asuntos culturales, rebajaba los aranceles del papel destinado a periódicos, lo cual perjudicaba a la edición de libros, como denunció José Venegas: “Cuando nuestros Gobiernos elaboran el Arancel, se cuidan de no gravar el papel de los diarios —por razones políticas— y compensan tal franquicia con la imposición de tasas prohibitivas al papel destinado a ediciones” (1931: 115). Menos frecuentes fueron las demandas de medidas destinadas a la extensión popular de la lectura. Por último, se vino reclamando del Estado el patrocinio de las exposiciones en el extranjero, y demás iniciativas de las Cámaras Oficiales del Libro.

Las reiteradas expresiones de la situación de crisis del libro comenzaron a menguar hacia 1927, coincidiendo con una serie de factores: la irrupción de la CIAP y de las editoriales de avanzada, las doctrinas estéticas del “Nuevo Romanticismo” y la celebración de la Conferencia Nacional de Amigos del Libro. La combinación de todos estos factores supuso un incentivo tanto para la producción y comercialización como para la venta de libros. En la conciencia de los intelectuales y editores españoles se percibía un viraje en la situación: “nunca como ahora la función editorial se ha realizado en Madrid, con tanto empuje y con tanta brillantez” (*Nosotros* 1930: 15) y se constataba que “en toda España aumenta el número de publicaciones, en virtud de un aumento constante de lectores. O viceversa” (*La Gaceta Literaria* 1930: 24). En cuanto a la alteración de las redes comerciales, se dice que “hoy es España, quizá, la que más libros vende. ¿A qué se debe esto? A decisión, a empeño, a trabajo, a vista a largo alcance, a la organización comercial de acuerdo a las exigencias del momento, al haber proporcionado las variedades de libros que exigían el gusto moderno” (Sánchez Villalba 1931: 9-10). A pesar del interés propagandístico de estas manifestaciones, es indudable que se había producido una modificación esencial en las aptitudes comerciales de los editores españoles. Especial importancia tuvo el esfuerzo que se comenzó a hacer con ocasión de las sucesivas celebraciones de la Feria del Libro Español, que se venía celebrando desde la década anterior, pero que había pasado a ser oficial en 1926.

También tuvo gran importancia la proliferación de reseñas críticas en estos años, lo cual suponía un excelente medio de publicitar los libros. En general, los editores habían

sido renuentes a publicar anuncios en prensa diaria general, pero se encontraban ahora con las oportunidades que les ofrecía el incremento de publicaciones periódicas de tipo cultural y político. Las reseñas solían ser benevolentes con la obra criticada y rara vez orientaban al público sobre la obra ni, en general, puede decirse que estimularan la compra. En los últimos años de la década asomaron por primera vez las plumas de un elenco de perspicaces críticos españoles como Guillermo de Torre, Enrique Díez-Caneedo y Benjamín Jarnés.

A este inopinado auge acompañó un incremento de la presencia intelectual de las editoriales. Se generaliza la conciencia de que el libro era posible no sólo gracias a un autor, sino también a un editor y la mención a este comienza a resultar imprescindible para referirse a la aparición de un nuevo título. En 1931, la producción literaria se difundía a través de un heterogéneo grupo de editoriales que habían ido consolidándose a lo largo de los tres primeros decenios del siglo y que habían sobrevivido a crisis diversas y coyunturas económicas complicadas, sobre todo, la que sobrevino tras Primera Guerra Mundial. Muchas de las grandes editoriales españolas se dedicaban a publicar diccionarios o libros técnicos y escolares, así como obras de temática científica, divulgativa, infantil, histórica, religiosa, filosófica... y crónicas periodísticas y políticas, sacando muy raramente a la luz (en caso de que lo hicieran) obras de tipo literario para adultos. Son los casos de Gili, Reus, Morata, Voluntad, Bailly-Ballière o Salvat. Otras, como Labor reeditaban obras literarias clásicas, adaptándolas en ocasiones a un público infantil, pero apenas publicaban obras inéditas.

Según la amplitud de los catálogos editoriales es posible diferenciar, al menos, cuatro tipos de editoriales. Estarían, en primer lugar, los grandes grupos editoriales que se habían constituido más recientemente. Se trataba de poderosos engranajes empresariales que controlaban la producción, distribución, propaganda y venta del libro, ya que poseían simultáneamente imprentas, distribuidoras y librerías, además de editoriales. Son empresas que disfrutaron de una poderosa capitalización, capaces de diversificar sus amplísimos catálogos en numerosas colecciones y con estructuras empresariales cada vez más similares a las de las grandes firmas alemanas, francesas o inglesas. Componían el segundo conjunto varias editoriales en expansión, con catálogos heterogéneos, en los que la literatura era sólo uno de sus campos y que, en general, no filtraban las obras editadas en razón de su calidad artística. Estas editoriales tenían una capacidad de inversión sensiblemente inferior a la de las anteriores, lo que las obligaba a ser más conservadores en la selección de títulos a publicar, o, al revés, a poder contar sólo con autores desconocidos que, en ocasiones, resultaban inopinados éxitos de ventas. Al mismo tiempo, solían desarrollar interesantes innovaciones en la producción o en la comercialización, lo que les brindó conquistas en los mercados americanos. Un tercer grupo estaría formado por casas editoriales que han sido llamadas *de avanzada*. Son las más jóvenes en el panorama editorial, ya que se fundaron entre 1927 y 1932, pero su impulso fue determinante para los derroteros de la literatura de los años treinta. Su objetivo ideológico era “propagar en España literatura y doctrina sociales. Así, sus colecciones se nutren con las firmas más prestigiosas del izquierdismo político” (*La Gaceta Literaria* 1928: 6). Por último, pueden distinguirse las editoriales con escasa inspiración mercantil, que se

convirtieron en vehículos del elitismo cultural más refinado, editando libros de tiradas muy escasas.

La Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (CIAP), que había sido fundada unos pocos años antes, dominaba el panorama editorial español en 1931. En realidad, bajo su sello sólo se publicaban una proporción pequeña de los títulos del grupo, pues había absorbido o creado otras marcas, como Renacimiento, Hoy, Atlántida y Mundo Latino. Esta veloz ampliación a costa de la adquisición de editoriales enflaquecidas respondía, en realidad, al intento de monopolizar en España la edición, distribución y venta de libros bajo la justificación de que el perfeccionamiento de la explotación de los beneficios que la cultura podía rendir era una vía privilegiada para fomentarla. Para cumplir este objetivo, se hizo también con importantes librerías, como Fernando Fe, en el centro de Madrid, así como con *La Gaceta Literaria*, que era el principal órgano de publicidad bibliográfica. La capacidad comprensiva de la CIAP no se detuvo ahí, sino que se fundaron numerosas librerías, estableciendo una importantísima red distribuidora. Este imperio editorial se debió a los caudales del principal socio, el banquero Ignacio Bauer, quien regó de cientos de miles de pesetas el tímido proyecto editorial que había iniciado Manuel Ortega. Bauer era un poderoso industrial bien conocido no sólo en medios financieros, sino también culturales a causa de sus insatisfechas aspiraciones de ingresar en la sociedad intelectual española. Así, por ejemplo, Rafael Cansinos-Assens, en sus memorias, recuerda cómo le encargaron que escribiera un libro que firmaría Bauer, de quien escribe: “siento una invencible aversión por esos hombres que, teniendo desde la cuna un nombre conocido, dinero y poder, vienen a invadir el campo de la literatura y a tratar de disputarnos a nosotros lo único que tenemos, una opción a la problemática e ilusoria gloria literaria” (1995: 31). Como director literario se llamó al catedrático universitario Pedro Sainz Rodríguez.

Como consecuencia de la inestabilidad de los mercados a raíz de la caída de las cotizaciones de la Bolsa de Nueva York, quebró en 1931 la Banca Bauer y la CIAP entró en suspensión de pagos, al existir una grave indeterminación sobre el papel de los Bauer en la empresa. Mientras para la gerencia eran meros accionistas, ellos se intitularon acreedores del proyecto empresarial, con derecho a exigir la devolución de sus préstamos. El folleto *Cómo se ha hecho una gran empresa editorial y cómo pretenden deshacerla* defiende el papel de la CIAP ante la familia Bauer, ya que deja claro que la aportación de ésta a la empresa siempre fue como inversor y no como acreedor. En la práctica, el cese de la afluencia de capitales con que los banqueros llenaban las arcas de la editorial supuso su agonía y, finalmente, su desaparición. Las novedades que la CIAP introdujo en la diversificación de su oferta, publicidad, métodos comerciales y retribución a los autores fueron esenciales para la efervescencia editorial española al final de la década de los años veinte de la que hemos hablado antes. Pero también representó una prueba de cómo el sistema de producción capitalista puede influir en la producción cultural, ya que las consecuencias de su quiebra fueron desastrosas para el conjunto de la producción literaria española.

Su potencial inversor y el imperativo empresarial de aventar los beneficios hasta el límite llevaron a la CIAP a congregarse en su nómina a los escritores que mayor rendimiento económico ofrecían en el cambio de década. Eran éstos, en su mayoría, traba-

jadores de la CIAP, ya que, entre las innovaciones que la Compañía introdujo estuvo la de pagar sueldos fijos a los escritores, en relación con las expectativas de ventas que pronosticaban los estudios que la misma compañía realizaba. Este medio, que no volvió a utilizarse hasta más de cuarenta años después, supuso un notable cambio en la situación financiera del autor, y, puede suponerse, en la creación literaria. Su objetivo no sólo era crematístico, sino que, se alegaba, el aumento de las ventas beneficiaba al autor, y, en consecuencia, impulsaba la cultura del país. Garantizando la estabilidad económica del autor, se creía estar estimulando su capacidad creativa, y, de este modo, colaborando a mejorar la calidad de su producción literaria.

En la propiedad de la CIAP figuraban antiguas editoriales de prestigio como Renacimiento, que se encargaba de la publicación de obras literarias, y que publicó, entre otras, las de Baroja, una vez que sus obras dejaron de aparecer momentáneamente bajo el sello Caro Raggio y que después serían editadas en Espasa-Calpe; *La Venus Mecánica*, de Díaz Fernández; *Pero sin hijos*, primera novela de Esteban Salazar Chapela; o la reedición de la mayoría de obras escritas por Unamuno. Pero bajo la marca "Renacimiento" también se publicaron otras obras que le otorgaron a la CIAP abundantes beneficios, de autores tan populares como Ricardo León, Eduardo Zamacois, Alberto Insúa, Wenceslao Fernández-Flórez, Concha Espina, El Caballero Audaz y Gregorio Martínez Sierra. La presencia de estos autores fue también masiva en las obras publicadas en la colecciones de Atlántida, otra editorial dependiente de la CIAP.

La desaparición de la CIAP (fabricante, distribuidora y vendedora de libros) sacó al mercado una gran cantidad de volúmenes almacenados que comenzaron a ser puestos a la venta a precio de saldo en carros ambulantes por Madrid. Esto derrumbó los precios del libro. De esta manera, la bancarrota de la CIAP, que había intentado monopolizar la producción y venta del libro, lejos de aliviar a las editoriales y librerías competidoras, amenazó seriamente la estabilidad del sector y fue una de las consecuencias más objetivas del hundimiento financiero mundial sobre la cultura española. Posteriormente, la casa Rothschild, antigua propietaria de la Banca Bauer, insinuó un intento de reorganizar la empresa a finales de 1935 confiando el encargo en el escritor, periodista y, a la sazón, gobernador civil de Santander, Manuel Ciges Aparicio. Parece ser que el triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936 desmotivó definitivamente al banquero (Alonso 1985: 404-405).

Nicolás María de Urgoiti fundó CALPE (Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones) en 1918 a fin de dar una salida al producto de su propia fábrica de papel, quedando integrada en el ramo de empresas editoriales de su propiedad. Urgoiti era ya por entonces un gran empresario de la comunicación y fundador de los diarios *El Sol* y *La Voz*. Pero el verdadero promotor del desarrollo de Espasa-Calpe fue Manuel Olarra, agente de su expansión americana en la década de los años veinte. La empresa fue concebida meramente como casa editora, pero dentro del grupo, existían varias empresas que participaban en la publicación: distribuidora, fábrica de papel (La Papelera Española), imprenta (Gráficas Reunidas), propaganda (Prensa Gráfica, periódicos *El Sol* y *La Voz*), librería (La Casa del Libro), y, desde luego, editorial, lo que la convirtió en un instrumento de fomento cultural de primer orden. Con estos elementos, en muy poco tiempo, y, sobre todo, a partir de su fusión con la editorial Espasa, en 1926, Calpe

se convirtió en la primera casa editorial española, tanto por su expansión, como por el volumen de sus publicaciones y colecciones, y por los beneficios obtenidos y fue pionera en la exportación a América.

Espasa-Calpe quiso abarcar todo tipo de publicaciones comenzando por la famosa Enciclopedia Universal que Espasa había venido elaborando desde antes de la fusión y cuyo último volumen (el septuagésimo) vio la luz en 1930. Libros de Filosofía, Geografía, Historia, Viajes, Medicina, Química, libro práctico... constituyen el amplísimo catálogo de Espasa-Calpe durante aquellos años. Como dijo del catálogo editorial Manuel Olarra, "puedo asegurarle que lo abarca todo" (De la Cruz 1929: 3). El encargo recibido por la Real Academia Española de publicar en 1926 la XV edición de su Diccionario demuestra la posición que la editorial tenía dentro de la cultura española. Espasa-Calpe fue, además, pionera de iniciativas comerciales como su *Colección Universal*. Las figuras de los dos gerentes que tuvo la empresa hasta finales de los años treinta, Aurelio Díaz Mathieu y Manuel Olarra fueron determinantes para escribir la historia de la editorial, que incorporó como asesores y directores de colecciones a importantes intelectuales de la época como José Ortega y Gasset, Eugenio D'Ors, Manuel García Morente, Santiago Ramón y Cajal y Ramón Menéndez Pidal. En el campo de la literatura, Espasa-Calpe publicó, sobre todo, obras narrativas: Pío Baroja, Concha Espina, Miguel de Unamuno, Carranque de los Ríos, Mauricio Bacarisse, María Teresa León y Benjamín Jarnés, pero también *Espadas como labios* de Aleixandre y la *Antología* de León Felipe. Divulgó, además, la reciente literatura hispanoamericana, publicando en España algunos de los hitos de los años veinte, tales como *Los de abajo*, de Mariano Azuela; *Martín Fierro*, de José Hernández; y *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes.

En cuanto a las editoriales del segundo grupo al que me refería antes, sin duda la más importante fue la que Manuel Aguilar fundó en 1923, después de haber trabajado como delegado de Hachette en Argentina y de dirigir para ellos la Sociedad General Española de Librería. Desde el principio conoció éxitos de venta, con autores tan heterogéneos como Clemenceau, Materlinck, Ciges Aparicio o los Quintero. Sus traducciones de contemporáneos como Edgar Wallace, H.G.Wells, Bernard Shaw... alcanzaron notables índices de ventas, así como colecciones de difusión cultural como la Biblioteca de la Cultura Española o la Biblioteca de Ideas y Estudios Contemporáneos. No desechó el interés que suscitaba el incipiente pensamiento socialista, publicando la primera edición completa en español de *El Capital*, de Marx y de *La filosofía de la miseria*, de Proudhon. Pero tampoco desatendió la demanda de libros católicos, satisfecha a través de la colección Moralistas Cristianos. Aguilar consiguió por primera vez vender de una manera más o menos masiva libros de lujo, tarea con la que, al mismo tiempo, difundió las obras de clásicos como Shakespeare, Dostoievski, Cervantes y Pérez Galdós. Manuel Aguilar quiso ser un editor *puro*, lo que lo llevó a participar en todas las actividades relacionadas con la producción y venta del libro. Escogía personalmente los materiales de fabricación, seleccionaba las obras, y supervisaba la gerencia y distribución. Nunca permitió la entrada de nuevos socios en su empresa durante los años de mayor expansión, lo cual otorgó a su empresa un carácter muy singular: "Ninguna precaución contractual es suficiente para evitar la interferencia, al fin y al cabo, legítima, de uno o varios capitalistas en los planes de una casa editorial" (Aguilar 1963: 216).

Juventud fue una empresa promovida por el editor barcelonés José Zendera. Especializada en un principio en novela rosa, cuyo liderazgo en el mercado nunca abandonó, se especializó asimismo en los géneros biográficos, convirtiéndose en una de las editoriales más relevantes en volumen de ventas. La importancia literaria de su fondo es escasa, abundando nombres hoy prácticamente desconocidos como Eladio Esparza, Carmen Eulate o María Luz Morales. Especial éxito tuvieron las traducciones de Pearl S. Buck y Zane Grey, así como las obras de Concha Linares, Palacio Valdés y Rafael Pérez y Pérez. También se dedicó a este tipo de literatura sentimental (y con cierto éxito de ventas) la editorial Atlántida.

Otra importante editorial de tipo misceláneo fue Caro Raggio, fundada por el cuñado de Pío Baroja para la publicación de las obras de éste, pero también de otros autores contemporáneos, como Corpus Barga, Azorín y Salaverría. Bajo el sello de Mundo Latino aparecieron algunas obras importantes a partir de que José Yagües asumiera su dirección y, aunque no se dedicó en exclusiva a textos literarios, éstos constituyeron la mayoría de su catálogo. Editó a autores tan heterogéneos como Azaña, Zamacois, Carrere, El Caballero Audaz, Luis Jiménez de Asúa o José Francés. En esta editorial aparecieron por primera vez, entre otras obras importantes, *Hélices*, de Guillermo de Torre; *Troteras y danzaderas*, de Pérez de Ayala; y *Natacha*, de Luisa Carnés. Ciges Aparicio fue contratado como director editorial, y fue sustituido poco después por Hernández-Catá. Al poco tiempo, Mundo Latino fue también absorbida por la CIAP. José Ruiz-Castillo había fundado en 1917 Biblioteca Nueva tras la crisis de su primer intento editorial, Biblioteca Renacimiento, que había originado durante los años diez algunos de los más importantes títulos de la época. Su escasa capacidad de capitalización le hizo perder casi todas las firmas importantes, salvó las de Azorín y Gómez de la Serna y aquellos autores ya fallecidos que reeditó, como Valera y Miró. Al mismo tiempo, dio cabida en sus catálogos a lo mejor de la literatura humorística del momento (Jardiel, Neville, Domenchina, Tirso Medina), en su *Colección de humoristas consagrados*. También tuvieron especial relevancia la publicación de las obras completas de Nervo y Freud. José Ruiz-Castillo fue uno de los nombres señeros del libro español: Presidente de la Cámara del Libro de Madrid, mantuvo estrechas relaciones con muchos autores. De él tenemos el retrato que hizo Rafael Cansinos-Assens:

Más fortuna [que la editorial Biblioteca Hispania] ha tenido Biblioteca Nueva, fundada por otro amigo de Ramón [Gómez de la Serna], don José Ruiz Castillo, editor ya experto en estas lides, editor profesional, antiguo socio de Martínez Sierra. Ruiz Castillo es personalmente un hombre alto, delgado, moreno, con una expresión de impasibilidad en el rostro. Es bastante culto en materia literaria y presume de ser un literato que no escribe. Muy amigo de Ortega y Gasset y de los demás intelectuales. Ruiz Castillo, que sabe llevar bien un negocio, se queja de que el suyo va mal, pues su amor a la literatura selecta lo arruina (1995: 249).

En Cataluña publicó un gran número de obras la editorial Catalonia, de Antonio López Llausás, dando a conocer en los años treinta la obra de Salvador Espriu, Carles Soldevila y Prudenci Bertrana. Antonio López Llausás era un importante librero, fun-

dador de la famosa Librería Catalonia en Barcelona en 1924, y editor de Biblioteca Literaria y de la Editorial Catalonia, que publicaría a partir de 1931 importantes textos en catalán y castellano. López Llausás fue uno de los primeros librereros con formación específica en el extranjero.

Pedro Pueyo era hijo del fundador de la editorial Pueyo, Gregorio Pueyo, el que fue llamado el editor de los modernistas, ya que publicó (o vendió como librero) obras de Darío, Díez Canedo, Antonio y Manuel Machado, Villaespesa y Juan Ramón Jiménez. Su hijo impulsó la empresa mediante modernas técnicas de promoción en sus propias librerías, como la instauración de la Semana de Autor o el premio de escaparates de librerías. Otro Pueyo, Juan, sin vínculos familiares con los anteriores, fue un impresor que, contando con una de las mejores imprentas de Madrid, se lanzó al negocio de editar obras, al tiempo que imprimía las de otros editores como Renacimiento, Morata y Aguilar. Fue todo un personaje de las letras del momento, muy recordado por diversos autores.

La irrupción del libro de izquierdas o de avanzada fue uno de los acontecimientos editoriales más importantes a finales de los años veinte. El impacto de la revolución soviética de 1917 había potenciado la publicación de obras de pensamiento socialista y anarquista por editoriales como Biblioteca Nueva, Espasa-Calpe o América. Este enorme éxito de las ediciones de libros políticos propició la fundación de un elevado número de editoriales que se dedicaron a comercializar en exclusiva estas obras. Su antecedente más directo puede buscarse en Morata, que fue llamada “la editorial de la República” por su significativa oposición al régimen de Primo de Rivera por un lado y por la ayuda a la distribución de obras de izquierdas que hizo en los años treinta, por el otro. Fundada en 1925 por el librero Javier Morata, su catálogo se fue orientando gradualmente hacia ideas progresistas, si bien ya desde su fundación creó la colección *Vanguardia*, especializada en el ensayo político, tema con el que se identificó a partir de entonces. En su artículo sobre el fondo del editor, *La Gaceta Literaria* señala que su línea editorial “realiza en el campo editorial una tendencia bien definida y clara de propagar en España literatura y doctrina sociales. Así, sus colecciones se nutren con las firmas más prestigiosas del izquierdismo político” (*La Gaceta Literaria* 1928: 6).

Morata tuvo la virtud de advertir las nuevas posibilidades editoriales de este subgénero, que, dado el clima político de los últimos años de la dictadura de Primo de Rivera, pudo proporcionar casi tantas ventas como una novela de Insúa o Zamacois y convertirse en el libro de moda del momento. Oriente fue la primera de las editoriales de avanzada cuyos catálogos estuvieron constituidos íntegramente por ensayos de tipo político y, ocasionalmente, por novelas fuertemente militantes. Estaba dirigida por José Venegas, Rafael Giménez Siles y Juan Andrade, pertenecientes a un grupo de jóvenes revolucionarios que se habían agrupado en torno a la revista *Postguerra*. El impensado éxito editorial parece que motivó la separación de los tres fundadores, según recordó Venegas en sus memorias:

apenas salieron los libros a la venta, el público los arrebató, con sorpresa de todos los entendidos en ediciones y asombro nuestro. Este éxito fue la ruina de Ediciones Oriente. Habíamos planeado el asunto con fines desinteresados, sin otro propósito que la propaganda revolucionaria, y nos encontramos con que prometía ser un gran nego-

cio. Inmediatamente cada uno de nosotros pensó en fundar una editorial propia. El primero fue Giménez Siles. Lo proyectó antes de salir de la cárcel. Allí estaba también Graco Marsá y ambos se pusieron de acuerdo para fundar una editorial. Invitaron a incorporarse a ella a Juan Andrade [...]. Unidos los tres fundaron la Editorial Cenit, y Siles, en vez de ser un colaborador de Ediciones Oriente, se convirtió en competidor. No tardaron en reñir los tres socios; Siles siguió con Cénit, Graco Marsá fundó la Editorial Zeus y Andrade dirigió, dentro de la Compañía Ibero Americana de Publicaciones, por indicación mía, una colección titulada Ediciones Hoy (1943: 150).

Efectivamente, Rafael Giménez Siles fue el fundador, junto con Juan Andrade y Graco Marsá, de la editorial de izquierdas Cenit, que llegó a ser la más importante de las llamadas editoriales de avanzada. Explícitamente, Giménez Siles definía el proyecto de Cenit como una contribución a la difusión de ideas de izquierda que llevasen a la acción. Sin embargo, la consecuencia no buscada fue el inmejorable resultado empresarial: Cenit fue la empresa de más larga vida entre las editoriales de avanzada gracias a las numerosas innovaciones empresariales que impuso Giménez Siles. Una de las razones del éxito de Cenit fue equilibrar la publicación de ensayos políticos con el de obras de ficción, de contenido revolucionario: sacó al mercado, entre otras, *Imán*, de Ramón J. Sender y *El tungsteno*, de César Vallejo, pero también tradujo importantes obras extranjeras como *Fuego*, de Henri Barbusse; *Manhattan Transfer*, de John Dos Passos; *Demian* y *El lobo estepario*, de Hermann Hesse; *Babbitt*, de Sinclair Lewis..., además de un importante número de autores soviéticos.

Mucho más efímera fue la existencia de Historia Nueva, fundada por iniciativa del peruano César Falcón y por José Venegas, quien, durante algún tiempo, compaginó su trabajo con el que tenía como gerente de Ediciones Oriente. Su relativo éxito editorial se vio lastrado por los dispendios de Falcón, lo que motivó que el verdadero alentador de la empresa, José Venegas, abandonase la dirección de la misma. Hoy fue fundada por Juan Andrade, un comprometido político y periodista de izquierdas, pretendiendo también responder a los anhelos de consumo de literatura política que, al parecer, tenía la sociedad española. La gran CIAP aprovechó la iniciativa y la experiencia de Andrade para incorporar al inventario de editoriales subsidiarias una que ofreciera el lucrativo libro de avanzadas. Según el anuncio en prensa de la fundación de la editorial, “Ediciones Hoy recogerá en su catálogo la fuerte y estremecedora literatura de la época. Esa literatura que transparente las inquietudes, los anhelos y las encendidas emociones de los hombres y las muchedumbres actuales. Una literatura profundamente humana en su transcripción de las realidades y ardorosamente revolucionaria en sus finalidades”. La editorial fundada por el abogado Graco Marsá, Zeus, se consagró a la edición de libros de autores españoles de izquierda que distribuía también la CIAP. Allí se publicó *Las lanzas coloradas* de Uslar Pietri. Otras editoriales de avanzada fueron Ulises, fundada por José Lorenzo y dirigida por el hermano de Ramón Gómez de la Serna, Julio, y Jásón. La primera, de contenido menos monolítico que las anteriores, consiguió publicar obras de singular importancia y contenido vanguardista, como *Estación. Ida y vuelta*, de Rosa Chacel, y *Viviana y Merlín*, de Benjamín Jarnés.

Pero no sólo las editoriales estrictamente de avanzada publicaban libros de izquierda, sino que la demanda de este tipo de textos puso en guardia a toda la industria editorial. Como dice Francisco Caudet, “hubo editoriales que no se identificaban con el marxismo, como Aguilar, o que ni siquiera compartían los presupuestos de la literatura de avanzada, como Revista de Occidente, pero, con todo, recogieron también en sus catálogos obras marxistas y socialistas. El mercado imponía unas leyes a las que era difícil sustraerse” (1993: 134). Por otra parte, aquellas editoriales que, por pudibundez moral o política, rechazaban la publicación de ciertas obras veían a menudo como éstas hallaban acogida en las editoriales de avanzada para, al poco tiempo, alcanzar notable éxito de ventas.

El último grupo de señalado estaba constituido por las editoriales más altruísticamente literarias. Sus tiradas rara vez llegaban a los mil ejemplares. La más importante, *Revista de Occidente*, es indispensable para conocer la cultura de los años veinte y treinta no sólo por la publicación de la revista homónima sino por la relevancia de las obras que editó. Nació en 1924 y, dirigida personalmente por Ortega y Gasset, vertió al castellano obras de grandes filósofos, sociólogos y psicólogos de los siglos XIX y XX, como Hegel, Scheler, Schopenhauer, Huizinga, Husserl, Jung, Bertrand Russell, Simmel, Hartmann, Kierkegaard, Brentano, Keyserling, Fichte, Comte..., lo cual permitió por primera vez al público lector en castellano acceder a los pensadores más representativos del momento y ponerlo en contacto con las corrientes intelectuales europeas. Gran importancia tuvo también el impulso que dio a la literatura de la generación del 27 y la vanguardia en España: en *Revista de Occidente* se editaron en los años veinte obras de la importancia de *Cántico*, *Romancero Gitano*, *Vispera del gozo* y *Cal y canto*, y se bautizó a la generación de los “Nova novorum” poniendo este nombre a la colección que reunió títulos de, entre otros, Pedro Salinas, Benjamín Jarnés, Francisco Ayala y Antonio Espina. Se editaron, además, obras de crítica literaria por Dámaso Alonso, Eugenio D’Ors y Karl Vossler, cuidadas ediciones de clásicos de la literatura española y, por supuesto, las obras de José Ortega y Gasset.

Cruz y Raya estaba vinculada, como *Revista de Occidente*, a la revista homónima y a la personalidad del editor, en este caso, José Bergamín. En la colección del *Árbol* vieron la luz obras esenciales de la generación del 27 en los años treinta: *Poesía (1924-1930)*, de Rafael Alberti, *La Realidad y el deseo*, de Luis Cernuda, *Razón de Amor*, de Pedro Salinas, el *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, de Federico García Lorca, la reedición de *Cántico*, de Jorge Guillén, además de *Residencia en la Tierra*, de Pablo Neruda.

Por último, el esfuerzo editorial de Pedro García Valdés y Juan Palazón, los llevó a crear una minoritaria pero sobresaliente editorial literaria llamada Signo, donde se publicaron títulos como *Donde habite el olvido*, de Cernuda; *La destrucción o del amor*, de Aleixandre; *Canción y Sucesión*, de Juan Ramón; *Poesías Completas*, de Doménchina, así como obras clásicas. Aparecieron, además, novelas de Ernestina de Champourcín y Benjamín Jarnés.

En este grupo de editoriales minoritarias, cabe reseñar la editorial de la Residencia de Estudiantes, creada por su director, Alberto Giménez Fraud y que contó con Juan Ramón Jiménez como director editorial. Fue uno de los primeros ensayos de editorial institucional, destinada a la publicación de obras que, por sus escasos rendimientos económicos y

a pesar de su valor, no encontraban editor. En su catálogo se hallan ensayos, biografías y “varia”. Sin embargo, a pesar de su longevidad (1915-1936), el volumen de sus publicaciones fue más bien escaso. Desde el punto de vista cualitativo lo salvan las *Obras completas* de Antonio Machado y la segunda edición de *Platero y yo* (Escolar 1984: 138).

Otras editoriales que publicaron textos de carácter literario fueron Mateixa, Baguñá y Proa (especializadas en textos en catalán), Victoriano Suárez (quien publicó obras completas de, entre otros, Pereda y Palacio Valdés, además de una meritoria edición del Quijote), Rivadeneira (que se encargó de la *Opera Omnia* de Valle-Inclán), la católica Razon y fe, la Biblioteca Patria (especializada en novelas nacionalistas y católicas de amplio consumo), la Colección de Autores Castellanos (de amplio recorrido, con obras de autores clásicos), Castro (que también publicó numerosos libros de avanzada), Araluze...

BIBLIOGRAFÍA:

- AGUILAR, Manuel (1963) *Una experiencia editorial*. Madrid, Aguilar.
- ALONSO, Cecilio-Nicolás (1985) *Vida y obra de Manuel Ciges Aparicio*, t. I. Madrid, Universidad Complutense.
- ALTAMIRA, Rafael (1921) *La política de España en América*. Valencia, Edeta.
- BAROJA, Pío (1949 [1917]) “El prestigio del libro español”. *Nuevo tablado de Arlequín*. En: *Obras completas*, vol. V. Madrid, Biblioteca Nueva: 77-152.
- (1949 [1922]) “El oficio de escritor no puede subsistir en España”. En: *Obras completas*, vol. VIII. Madrid, Biblioteca Nueva: 934.
- BERGES, Consuelo (1930) *Escalas*. Buenos Aires, L. J. Rosso.
- CALVO SOTELO, José (1927) *Memoria sobre el libro español en América*. Madrid.
- CANSINOS-ASSENS, Rafael (1995) *La novela de un novelista*, 2, Madrid, Alianza.
- CALLEJA, Rafael (1922) “El editor”. En: *El libro español*. Barcelona, Cámara Oficial del Libro.
- CAUDET, Francisco (1993) *Las cenizas del Fénix*. Madrid, La Torre.
- CIAP (1932) *Cómo se ha hecho una gran empresa editorial y cómo pretenden deshacerla*. Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones.
- DE LA CRUZ, Santiago (1929) “Espasa-Calpe, S. A.”. *La Gaceta Literaria* (Madrid). No. 64: 3.
- ESCOLAR, Hipólito (1984) “La edición en la época de JRJ”. *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid). No. 408: 136-140.
- ESTEBAN, José (1972) “Editoriales y libros de la España de los años treinta”. *Cuadernos para el diálogo* (Madrid). Vol. XXXII: 58-62.
- ESTEBAN, José y SANTONJA, Gonzalo (1977) *Los novelistas sociales españoles*. Pamplona, Hiperión.
- FUENTES, Víctor (1980) *La marcha al pueblo en las letras españolas*. Madrid, La Torre.
- GACETA LITERARIA (1930) “La vida editorial en 1930”. *La Gaceta Literaria* (Madrid). No. 97: 24.

- GACETA LITERARIA (1928) "Una editorial del obrerismo. Morata". *La Gaceta Literaria* (Madrid). No. 68: 6.
- GILI, Gustavo (1917) *Proyecto de Asociación de los Amigos del Libro. Cámara del Libro Español*. Barcelona.
- MARTÍNES MARTÍN, Jesús A. (2001) "La edición moderna". En: *Historia de la edición en España 1836-1936*, dir. Martínez Martín, Jesús A. Madrid, Marcial Pons: 167-206.
- MARTÍNEZ RUS, Ana (2001) "El comercio de los libros. Los mercados americanos". *Historia de la edición en España 1836-1936*, dir. Martínez Martín, Jesús A. Madrid, Marcial Pons: 269-305.
- (2002) "La industria editorial española ante los mercados americanos del libro. 1892-1936". *Hispania* (Madrid). LXII/3: 212.
- (2003) *La política del libro durante la Segunda República Española*. Gijón, Trea.
- NOSOTROS (1930): "Juan Andrade, editor". *Nosotros* (Madrid). No. 27: 15.
- ROCHE, Antonio (2003) "La edición en España en los comienzos del siglo XX. Primeras ediciones de *Amor y Pedagogía*, *La Voluntad*, *Camino de perfección* y *Sonata de otoño*". En: *Las novelas de 1902*, ed. Martín, Francisco José. Madrid, Biblioteca Nueva: 57-82.
- ROLDÁN Y OCÁRIZ, Juan (1923) *Notas sobre el libro español en América*. Buenos Aires, Librería La Facultad.
- SÁNCHEZ VIGIL, Juan Miguel (2005) *Calpe: paradigma editorial (1918-1925)*. Gijón, Trea.
- SÁNCHEZ VILLALBA, Anselmo (1931): "La expansión del libro español en América". *La Gaceta Literaria* (Madrid). No. 110: 9-10.
- VENEGAS, José (1931): *Los problemas del libro en lengua castellana*. Madrid, Galo Sáez.
- (1943) *Andanzas y recuerdos de España*. Buenos Aires, Imp. Ferrari.